

ridad, que no le pidas cosa que no te la dé; que se quite el cántaro, y te dé agua de gracia, que en tus tribulaciones sientas su ayuda.

¡Oh válgame Dios, y cuándo ha de salir a plaza este libro, en que se lea todo lo que por esta Virgen se hace y por sus oraciones! ¡Cuándo será el día que saldrá uno y dirá: «Yo tenía ún pie en el infierno, y por ruego de la Virgen me libró y me perdonó Dios!» ¡Cuándo saldrá otro y dirá: «A mí me libró de tales pecados»! Otros de tales peligros de la vida; cuando viéremos que sin llamar a la Virgen, ayuda y socorre, y no solamente da lo que le piden, sino más.

### 7.—Conclusión.

La sujeta a la voluntad de Dios, dice: *Hágase en mí según tu voluntad. Yo esclava soy, y para consuelo de todos. Pues si Cristo se llama esclavo del Padre, y la Virgen se llama esclava, ¿qué haces, cristiano? Usquequo delitiis dissolveris, filia vaga? Quiu creavit Dominus novum super terram: foemina circumdabit virum (Jer., 31). Ya tenemos a Dios por nuestro hermano, carne de nuestra carne, y hueso de nuestros huesos (Gen., 2); hoy se ha engendrado. Así lo decía Moisés al pueblo. Es nuestro hermano, nuestra cabeza, nuestro amigo, y todo nuestro bien; vino acá a santificarte y quitarte todos los males. Doncella, ánima cristiana, si te has apartado de Dios, no es ésa tu tierra; tu ciudad el cielo es, el servicio de Dios; la caridad es tu guarida, el cielo es tu refugio; torna, torna a Dios, arrepiéntete y vuélvete a Dios, y Él te recibirá: ¿Hasta cuándo has de huir de Dios?*

—¡Oh que no me quieren recibir!

—Sí querrán, que una cosa ha hecho Dios nueva sobre la tierra: *Virgo circumdabit virum*. ¿Quién desmaya, que aunque uno esté a la puerta del infierno, le puede y quiere Dios sacar, si el hombre se quiere ayudar con hacer lo que es en sí? ¿Para qué temes? ¿Dios no se hizo hombre para que los hombres seamos dioses por participación? Aparejado está para darte gracia y despues gloria.

## TRATADO 2.º

### MATRIMONIO DE LA VIRGEN Y SAN JOSÉ (1).

*(Predicado en la fiesta de San José.)*

*Cum esset desponsata Mater Jesu, Maria, Joseph.*

Cómo fuese desposada María, Madre de Jesús, con José.

*(Mt., 1.)*

#### 1.—Introducción.

Condición es de las buenas mujeres casadas encubrir las faltas de sus maridos y publicar las virtudes que tienen, deseando que todos los honren y sirvan; porque como la honra de la mujer sea el varón, el mal o bien que ella de él dice, de su misma honra lo dice, de su misma persona lo dice, pues ella y él una cosa son.

Seguros estaremos que esta sagrada esposa y Virgen María no descubrirá faltas de su esposo el Santo José; porque ni él las tenía, y aunque las tuviera, ella no las dijera; pues tenía mayor virtud que Santa Mónica bienaventurada, de la cual cuenta su hijo San Agustín, que aunque su marido la maltrataba y era de ruines costumbres, a nadie se quejaba ni descubría las faltas de su marido.

No cupo, pues, en la boca de la Virgen decir mal del Santo José; mas decir muchos bienes de él, y honrarlo, y desear que todos dijese bien de él, y agradecerlo a quien lo dijese. Ciertamente es así, que si por nosotros no queda, tenemos muy cierto el favor de Jesu-

---

(1) Este Tratado se intitula en las ediciones anteriores «Del glorioso San José, Esposo de la Santísima Virgen María nuestra Señora».

cristo nuestro Señor y de su Madre bendita, para saber contar las grandezas de este bienaventurado Santo; pues así como todo lo que se dice en alabanza de la Virgen bendita, dice San Jerónimo que resulta en honra de Jesucristo nuestro Señor, su Hijo bendito, así todo lo que se dijere en alabanza del Santo José resulta en honra de Jesucristo nuestro Señor, que lo honró con nombre de padre, y de la Virgen Santa María, de la cual fué verdadero y castísimo esposo. El Señor querrá que su santo ayo sea honrado, y la Virgen que digamos bien de su esposo; y Él y Ella lo agradecerán, y copiosamente galardonarán. Y así porque conviene a la honra de Dios, como por ganar tal galardón, comenzaremos esta santa historia en alabanza de este glorioso santo esposo de la Virgen.

## 2.—Asunto del sermón.

Antes que del todo nos ocupemos en decir las señaladas y grandes misericordias y particulares privilegios que el Señor dió al bienaventurado San José (que cierto son tales, que bastan para poner en admiración a cielos y tierra, y para rastrear por ellos la grandeza de la bondad divinal, que sube al pobre y menesteroso a tan grande alteza de honra, como a este Santo subió); antes, pues, que nos metamos en este golfo, conviene que cumplamos con el santo Evangelio, el cual aunque breve en palabras, es copioso en sentencias, y que comprende los caminos de Dios, por donde viene y trata con los suyos, y los suyos con Él. La cual doctrina no es de estimar en poco, pues si está ignorada, andaremos errados, como gente que no acierta el camino, y camino que lleva a Dios; ¡y ay de aquel que lo errare! Tres cosas nos declara este santo Evangelio que acaecieron a estos santos desposados José y María: conviene a saber, las grandes mercedes que Dios les hizo, la tribulación y prueba en que Dios los metió, y el piadoso socorro que en el tiempo de la mayor angustia les envió.

Notad bien y sabed considerar estas tres cosas, porque en ellas se encierra lo que nos acaece, no sólo en un día, mes o año, mas en toda la vida que en este destierro vivimos. Lo primero de todo que nos acaece, es recibir misericordias de Dios; y ninguno pudo tanto madrugar a hacer a Dios algún servicio, que no hu-

biese Dios madrugado más a hacerle mercedes; y no sólo es primero en dar, mas aun en dar lo que a Él se le da. ¡Qué gran verdad dijo el rey Salomón, hablando con Dios! Todas las cosas, Señor, que tenemos y que te ofrecemos tuyas son, y lo que te damos, de tu mano lo recibimos. No se glorié nadie de lo que hace por Dios, pues cuanto más le da, tanto más recibe, y tanto más le debe, según dice la Iglesia: «Señor, de cuya mano viene que tus fieles te sirvan digna y loablemente» (2). No puede ser visto el sol sino con lumbre del mismo sol, ni podemos agradar a Dios sino con la gracia del mismo Dios; y cuando corona y galardona nuestros merecimientos, es galardonar las mercedes que primero nos hizo. A Dios se debe la gloria de todo lo bueno; *porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas; y a Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén* (Rom., 11, 36).

Gran parte de estas misericordias cupo a estos dos bienaventurados casados, la Virgen bendita y San José, y entre ellas fueron muy grandes las que entre manos tenemos; conviene a saber, que la desposada fuese hecha verdadera Madre de Dios, y San José, hombre bajo según el mundo y oficial carpintero, fuese levantado a tanta honra de ser verdadero esposo de la Madre de Dios, y de ser llamado padre, y tomado por ayo de aquel que tiene al Eterno Padre por padre, y que es criador de cielos y tierra. Misericordias grandes, y tan grandes, que otras iguales no fueron oídas. y bastantísimas para que ellos fuesen agradecidos a Dios, y para que cantasen sus alabanzas, y con todo su corazón se alegrasen en Dios.

Mas mirad, que cuan grandes fueron estas mercedes así fué grande la tribulación que tras ellas el Señor envió, cuya costumbre es enviar hiel después de la miel, y probar a sus amigos tentándolos, como hizo a Abraham (Gen., 22). Del Señor leemos que en su santo bautismo fué declarado por voz celestial por Hijo carísimo del Eterno Padre (Mt., 3); mas tras este favor se siguió ser llevado al desierto a ser tentado del enemigo (Mt., 4). No se engañe nadie ni se tenga por seguro, porque sea recreado del Señor con mercedes y consolaciones, ahora sean espirituales, ahora corporales. Menester es entender muy bien este negocio; y por no lo haber hecho así, han venido desastres no

(2) Colecta del Domingo 12 después de Pentecostés.

pequeños a muchos, que holgándose con lo próspero presente, dijeron lo que David (*Ps.*, 29): *Yo dije en mi abundancia: No seré movido para siempre.* Y como sucedió la tribulación, y no estaban apercebidos para ella, cayeron muy fácilmente, y perdieron lo que habían recibido; lo cual, o no se cobra, o se cobra con dificultad. Sepan todos que el lugar verdadero del gozo y descanso y prosperidades, el cielo es; y quien de estos bienes quisiere ser rico, sin temor de perderlos, desee ir allá, y procure de ir allá; mas este destierro es lugar de trabajos, es una trabada pelea (*Job*, 7, 1); es un mar de amargura y una tentación sobre la tierra; y cuando Dios da alguna consolación o prosperidad, no es para que el hombre goce de ella parando en ella, sino o porque no desmaye en las tribulaciones que tiene, o porque cobre fuerzas para vencer las que le quieren venir.

¿Para qué dan armas a un soldado, sino para que esté aparejado para la guerra? ¿Para qué dan de comer a un jumento, sino para echarle muy buena carga? Así, hermanos, pensad, y con estos mismos ojos mirad las mercedes que Dios os envía, que son o para esforzaros en la guerra que tenéis, o para avisaros que presto la habéis de tener. Porque Él es amigo de tener amigos probados, y no puede haber prueba sino con tribulación, ni pueden entrar en el cielo si no caminan por el desierto, ni celebrar Pascua de Resurrección si no pasan por Viernes Santo, que es día de Pasión.

### 3.—Congojas de San José.

Tornemos a nuestros Santos desposados, María y José. ¡Qué ricos, qué honrados, qué ensalzados en el acatamiento de Dios, ella con tal Hijo, y él con tal esposa, y con ser ayo del Hijo de Dios! Y tras esto viene que José vió a nuestra Señora estar encinta, por tener su seno crecido; de lo cual recibió tan grande alteración y tristeza entrañables, cual no se puede decir. ¡Oh bienaventurado varón, y de cuántas angustias es tu corazón combatido! ¡Y cómo Dios te ha lastimado en las mismas niñas de tus ojos, pues ves encinta a tu esposa, y nunca has llegado a ella, ni pensaste llegar; porque ella y tú entrambos tenéis hecho voto, de común consentimiento, de guardar virginidad por toda la vida! Estaba el santo varón como

fuera de sí, y por una parte viendo lo que veía, y por otra parte acordándose de la bondad de esta Virgen, y de las grandes señales que de sí daba para ser creída.

Sabía este santo varón que la mujer que tiene corazón deshonesto, tiene sus señales en lo de fuera, que dan testimonio de lo malo que tiene dentro de sí: pasos livianos, ojos altos, curiosos vestidos, holgarse de hablar o de oír cosas no castas, falta de devoción y de temor del Señor, amiga de regalos y de ociosidad, dejarse vencer de los deleites de gula, que son camino para vencerse de los deleites de carne, y así otras señales, que aunque la lengua de la tal mujer suene castidad, ellas como más verdaderas, por ser obras, declaran que hay deshonestidad; todas las cuales señales juntas y cada una por sí veía este glorioso Santo que faltaban en nuestra Señora, y que toda ella, y todas sus costumbres eran más contrarias a deshonestidad, que lo negro con lo blanco, y eran tan predicadoras de la limpieza virginal que en su corazón y cuerpo tenía, que daban de sí un olor como bálsamo, y eran como resplandor de aquella pureza más que angelical que en su persona tenía. Y cuando este santo varón se paraba a considerar las virtudes de ella, y su honestísima conversación, o cuando le miraba su virginal y honestísimo rostro, pareciale cosa imposible haber maldad en vaso de tan excelente bondad, y hacer traición a Dios y a su marido la que con tanta lealtad servía al uno y al otro; y por aquel rato huían las malas sospechas, y reprendíase de ellas; pedía en su corazón perdón a Dios y a su esposa, y descansaba y estaba contento.

Mas como era tiempo de tribulación y de prueba, y había determinado el Señor que este santo varón bebiese esta hiel y vinagre, tras este consuelo que recibía con estas buenas y verdaderas consideraciones, permitía que le viniesen otras contrarias a éstas, y dejábalo en su flaqueza para que fuese atormentado y fatigado con ellas. Así como cuando se paraba atentamente a considerar las virtudes y honestidad de su santa esposa se deshacía la sospecha que de lo contrario tenía, así cuando la veía encinta se le entraba la sospecha en el corazón, y desaparecían las otras consideraciones; y si no se escondían del todo, no tenían tanta fuerza, que librasen al Santo de angustia y sospecha; y así había pelea en su corazón entre unos

pensamientos y otros, diciendo unas veces: ¿Cómo es posible que María, mi esposa, de cuya bondad tanta experiencia tengo, haga traición? Y por otra parte, ¿cómo puede ser bien hecho estar encinta, y no de mí? Gemía, llamaba el socorro de Dios, y no se lo daba, porque se lo guardaba para el tiempo de la mayor necesidad; y entretanto ya veis lo que podía sentir, pues esta pasión de celos, concebidos aun con pequeña ocasión, atormenta sobre toda manera a los maridos; tanto que en el Viejo Testamento proveyó Dios de particular remedio para que el marido que tenía celos de su mujer, supiese si era culpado o no, y así descansase.

#### 4.—*Castigo legal del adulterio.*

En el capítulo 5.º de los *Números* se lee que cuando este espíritu de celos trajese fatigado un hombre, que llevase su mujer al templo, y la presentase delante del sacerdote, diciendo cómo tenía celos de ella; y el sacerdote ofrecía sacrificio por ella, y luego escribía ciertas maldiciones, y lavábalas con agua, la cual agua había de beber, quisiese o no quisiese, y bebida el agua, decía el sacerdote: «Si tú no has hecho maldad a tu marido, estas maldiciones no te comprendan; mas si has sido adúltera, vengan sobre ti»; y ella respondía: «Amén, amén»; y así lo aceptaba Dios, que si estaba limpia de tal delito, ningún mal le sucedía; y si había adulterado, se le hinchaba luego el vientre, con otras claras señales, de lo cual venía a morir.

De aquí veréis cuánto atormenta esta sospecha a los maridos, y cuánto desagrada a Dios el adulterio de la mujer casada, pues para consuelo de los celos de él, y castigo del pecado de ella, daba Dios este remedio y manifiesta señal. Gravísimo pecado es delante de los ojos de Dios, y gravísima injuria hace la mujer a su marido, que siendo una cosa con él, se parte, y se hurta, y se entrega al que no lo es. Y así ninguna nación, por bárbara que sea, ha dejado este pecado sin castigo, por ser cosa impresa por instinto natural en los hombres pesarles mucho de que sus mujeres les hagan esta traición. Y por lo que ellos sienten cuando en esto les tocan, es mucha razón que se aparten con muy gran cuidado de hacer maldad con mujeres ajenas, pues entienden por lo que pasa por

ellos, o podría pasar, la grande injuria que al marido hacen, y grave dolor que le hacen pasar. Nadie tenga en poco este pecado; todos huyan de lo cometer; y no les parezca que, porque Dios no haya ordenado sacrificio para castigar al hombre adúltero como a la mujer adúltera, que por eso se deba atrever a comerlo; porque aunque no lo castigue en los varones, mandando que los lleven al templo a examinar y manifestar su delito, mas no por eso le faltan otros muchos medios con que los castiga.

Atrevióse David, y siendo rey, a hacer maldad con la mujer ajena (2 Reg., 1, 1); y aunque él procuró que su delito fuese secreto, mas no lo pudo esconder de los ojos de Dios, el cual manifestó en público lo que él había hecho en escondido, y le castigó con castigos terribles, entre los cuales fueron que su hijo Absalón se le alzase con el reino y persiguiese a su padre para le prender o matar; y cuando no lo pudo haber, mandó que le sacasen a la plaza diez mujeres que su padre tenía y debajo de unas cortinas, por hacer enojo a su padre, hizo maldad con todas diez mujeres (2 Reg., 16, 22). Y cumpliósese la amenaza que Dios le hizo diciendo (2 Reg., 12, 12): *Tú pecaste en escondido, yo te castigaré en los ojos de este sol.* ¡Oh pecado gravísimo, que por ser tal, le parece a la divina Justicia ser término largo esperar a castigarlo en el otro mundo, y luego lo castiga en éste con diversos castigos, y algunas veces con que haya quien haga malas a las mujeres y a las hijas, como él hizo malas a la mujer e hijas ajenas! Y pues ésta es cosa tan aborrecible a Dios y castigada de Él, todos huyan de caer en ella, y de cosa que le parezca.

##### 5.—*Contra los celos en el matrimonio.*

Y las mujeres casadas, pues tanto lastiman a sus maridos los celos, no se contenten con no hacer esta maldad, mas vivan con grande cuidado de no dar ocasión al marido para que tan amarga sospecha, y tal hiel y vinagre entre en su corazón, porque tan descuidada puede ser en dar estas ocasiones, que aunque no sea mala en pecado de deshonestidad, sea mala y peque contra la ley del matrimonio, que le obligó a no dar enojo ni turbación notable a su marido; y otra mayor que ésta no la puede dar.

Y también aviso a los maridos que no fácilmente reciban en su corazón este tirano, porque si de él se dejan vencer y llevar, vienen a grandes peligros de cuerpo y de ánima. Cierto, los celos son cosa que muchas veces el demonio procura, como cosa en que mucho gana, por ser muy dañosa a los que Dios juntó en el matrimonio. Hombres hay que ni pueden comer, ni beber, ni dormir, y se van cada día secando, y con la melancolía y tentación del demonio son tantas las sospechas que de sus mujeres tienen, y muchas veces sin causa ni ocasión, que les dan vida de galeras, y ellos la pasan peor. Hermano, ensanchad ese corazón, y entended que en ninguna manera podéis vivir en esta vida, sin que os fiéis de alguien. Porque si miráis a: «Puédenme engañar, puede ser que me acaezca esto», toda vuestra vida será una temerosa congoja; una estrechura de corazón que tanto os apriete, que os haga vivir una miserable vida, y aun hacer locuras con que se rían de vos. Claro está que saliendo de aquesta iglesia puede ser que alguno os esté aguardando y os mate, o que en el camino caiga una teja del tejado y os descalabre; mas por eso no habéis de dar lugar al temor, porque es temor loco, que nace de vuestra condición y melancolía, cuando lo tenéis sin haber justa causa para tenerlo. Y así os conviene, cuando no viéredes suficientes causas para pensar mal de vuestra mujer, tener vuestro corazón sosegado, y resistir a los vanos temores y sospechas que vuestra condición o el demonio os trae sin causa.

Si decís, ¿qué sé yo, si aunque mi mujer parece buena no lo es? Digoos yo, que si por esta regla os habéis de regir, también podéis dudar si Fulano y Fulana son vuestros padres. Cuando viéredes, hermano, suficientes causas para sospechar mal, poned el remedio; y cuando no, ensanchad vuestro corazón, y fiad vuestros negocios de la bondad de nuestro Señor, y obedeced a su mandamiento (*Mt.*, 7), que *no queráis juzgar y no seréis juzgado*; y que tengáis por bueno al que no conocéis por malo; y no penséis que, porque vos por ventura habéis sido malo, también vuestra mujer lo es; o porque habéis conocido algunas mujeres ruines, penséis que todas lo son. Bondad tiene Dios para hacer buenos y santos, si ellos se disponen. Si vos lo hubiérades sido, y tratado con buenos, no os fuera tan difícil creer que vuestra mujer

era buena; porque ordinariamente por su corazón juzga al hombre el ajeno.

Esto que a los maridos se dice, tomadlo también las mujeres casadas, cuyos corazones, por ser más estrechos, están más aparejados a dejarse vencer de aquesta pasión. Y cuando en ellas cae es una cosa de lástima ver el tormento que ellas reciben, y que a su marido dan, como nos lo declara muy bien el Espíritu Santo, diciendo (*Eccli.*, 26): «La mujer celosa es dolor de corazón y lloro, y en ella hay azote de lengua que a todos se comunica.» Y así es verdad; que deshonra a su marido, y a las mujeres que la tienen culpa y que no se la tienen, quitando la fama a buenas mujeres sin mirar lo que dice, como fuera de seso con la pasión; mas no por eso dejará de pecar gravemente, así por la mucha pena que da a su marido, como por las malas palabras que dice de terceras personas. Grande lazo del demonio es éste, y cuanto es para él ganancioso, es perdidoso para los casados; es aflicción de ellos, perdición de su salud, dolor de corazón, tristeza continua, engaño del enemigo, y que quita la paz, que es la mejor joya del casamiento. Por lo cual con muy gran cuidado se deben guardar los casados de no dar causa ni ocasión para ello, ni admitir en su corazón semilla, de la cual nacen frutos tan perjudiciales para ánima y cuerpo.

#### 6.—*Resolución de San José.*

Hémonos divertido de la historia de estos santos casados María y José, por la necesidad que tienen de aviso los otros casados; plegue al Señor que les aproveche. Tornémonos, pues, al lugar de donde salimos, que es la grande angustia que el Santo José tenía de ver encinta a su santa esposa sin haber él llegado a ella, y por otra parte considerando cómo podía caber tal maldad en vaso de bondad más que humano. Pensaba unas veces lo que la humana conjetura le declaraba por lo que veía, y otras decía entre sí: «¿Qué sé yo si Dios ha hecho alguna obra milagrosa de las que suele, sobre toda humana razón? Pues esta bendita mujer es dotada de tan excelente santidad, y por eso muy aparejada para que Dios haga en ella obras excelentes y maravillosas. Y si esto es así, yo no soy digno de estar en su compañía; y si no es así, yo no

la quiero infamar con acusarla para que la apedreen, ni llevarla al templo para que con el sacrificio de la Ley se examinase la verdad de aqueste negocio.»

«Y el medio más conveniente que en caso tan dudoso me conviene tomar es dejarla, e irme secretamente, porque nadie me pregunte el porqué; y así ni la infamaré, ni me pondré a peligro de morar con ella si no es buena, ni me atreveré a estar con ella si es tan santa, que Dios ha hecho en ella milagro de haber concebido, sin ser de mí ni de otro varón.» Esta fué la resolución del Santo José, con la cual, aunque hallaba camino para lo que había de hacer, mas no se mitigaba por esta vía su grande dolor, porque el grande y casto amor que a su esposa María tenía, infundido por Dios, y conservado y acrecentado con la conversación santa de Ella, le tenía el corazón tan hecho uno con Ella, que haberla de dejar era arrancársele las entrañas y partírsele el corazón; y así andaba lleno de dolor dentro de sí, y daba muestra de ello en el gesto de fuera; porque gran dolor o gran placer, mal se pueden disimular.

### 7.—Tribulación de la Virgen María.

En gran tribulación, cierto, puso Dios a este santo varón; mas no era menor la de la Virgen bendita, la cual, como por las señales que veía, entendía la turbación y causa de ella de su santo esposo, dolíale mucho el verlo penado como buena casada, y mucho más verse sospechada de cosa tan lejos y tan aborrecida de su corazón. Llamaba el socorro del cielo, suplicaba al Señor que remediase tant trabajo, y que si Él era servido que ella padeciese aquella infamia; estaba aparejada para lo hacer, y que no se quería tornar atrás de haberse ofrecido por *esclava* suya cuando concibió por Espíritu Santo, para servir en este negocio y en todos, ora fuese por buena fama, ora por mala, por vida o por muerte, por hiel o por miel; que ninguna cosa tendrá tan amada que no la pusiese debajo de los pies del Señor, y de muy buena gana, para que hiciese de ella su santo contentamiento. «No tengáis cuenta, Señor—decía la Virgen—, con mi tribulación o consolación; mas lo que os suplico es que no esté penado este santo varón por mi causa; y lo que sobre todo me duele, y cuyo remedio con todo mi

corazón os demando, es que, pues lo que tengo en mi seno es Hijo verdadero vuestro, cuya concepción fué por Espíritu Santo, y muy ajena de toda maldad, que no permitáis vos que cosa tan limpia y tan verdadera sea tenida por mala y fuera de ley, ni que el que es Hijo legítimo vuestro se piense ser hijo de hombre habido de mala parte.»

Oraba la Virgen, y muchas veces con grande angustia de corazón y abundancia grande de lágrimas, y el Señor callaba y dejaba padecer a estas dos tan santas personas; cada una de las cuales le podía decir con mucha verdad lo que está escrito (*Ps.*, 87): *Fui ensalzado de Ti, y humillado y conturbado*; pues después de tales favores con que los había ensalzado sobre todos los cielos, los ha dejado en tal humillación, que lo uno es tormento de lo otro; y siendo llamado no responde.

#### 8.—*Silencio de María.*

¡Mas quién fuera tan digno de poder entrar en aquella pobre y santa casita! Y cuando la Santísima Virgen estaba de rodillas en oración pidiendo con lágrimas remedio al Señor, se presentara delante de ella, hincadas las rodillas y con la reverencia que se debe a la que es verdadera Madre de Dios, le dijera: «Señora, para siempre bendita: el remedio que deseáis, que buscáis y con tantas lágrimas pedís al Señor, en vuestras manos está, y no con muchas lágrimas, y no con mucho trabajo; pues con pocas palabras que digáis al Santo José, manifestándole el misterio grande que Dios ha obrado, dándoos a su Hijo verdadero para que haya sido engendrado de vos, no por obra de varón, sino del Espíritu Santo, él os dará crédito, por opinión de santidad que de vos tiene. Porque como sea esto verdad tan cierta, Dios le dará gracia para creerla, y él quedará sin pena, y vos y vuestro Hijo con mucha honra.» Y aunque no se tuviese por muy cierto que el Santo José lo había de creer, era cosa muy conveniente—pues pedido el remedio del cielo por vía de milagro, no venía—se tomase estotro humano, pues había conjeturas que aprovecharía; y en cosas de tanto riesgo, con que quiera (3) de esperanza, era bien tomar este medio.

(3) *Con que quiera*: con cualquiera manera.

Creo que respondiera la Virgen a quien esto le suplicaba lo que el Señor respondió a los hijos de Zebedeo (*Mt.*, 20): *No sabéis lo que pedís: (Mt.*, 16, 23): *sabéis las cosas de hombres, y no las de Dios.* Atribúleme el Señor todo lo que fuere servido, que de mi boca no saldrá misterio tan alto, así por *guardar el secreto del sacramento de tan alto Rey (Tob.*, 12), como por no decir cosa de que nadie pueda tomar ocasión de pensar que hay en mí tal santidad para que Dios haga conmigo cosa tan señalada, cual nunca en el mundo ha acaecido ni acaecerá. Obra suya es; y aunque yo sea *esclava*, Hijo suyo es el que he concebido: no es posible que Él olvide cosa que toque a su Hijo ni a mí, por ser esclava suya. Y pues Él reveló a Santa Isabel lo que el ángel me había dicho en secreto, y quién era el que estaba encerrado en mi vientre, y que ella y el niño que tenía en su vientre lo adorasen, Él pondrá remedio en este trabajo, y declarará esta verdad al Santo José, pues hay más necesidad que la sepa él que los otros (4). Y aunque dilate el remedio, es por probar nuestra paciencia y confianza, la cual tengo muy firme en Él, que sin que yo diga cosa que toque en mi alabanza, Él la dará a entender por la vía que Él sabe; mas mi oficio será callar, sufrir y esperar en su misericordia.

¡Oh Virgen para siempre bendita, cuán verdaderamente estáis enseñada de Dios! ¡Y con cuánta razón con vuestro ejemplo podremos acusarnos y reprendernos! Pues vos tenéis tanto peso de discreción, humildad y temor del Señor, que en tiempo de tanta necesidad calláis las mercedes, y tales mercedes de Dios; y nosotros, como vasos pequeños, que quiera que Dios nos dé a sentir, luego nos henchimos y rehenchimos, y el espíritu de la liviandad nos hace bosarlo (5) por la boca, y tras el parlarlo viene el perderlo por justo juicio de Dios.

### 9.—*Mi secreto, para mí.*

Y de San Pablo leemos que contó algunas mercedes particulares que Dios le había hecho, mas concurrían dos cosas: una el estar tan ajeno y tan lejos

(4) *Los otros*: nosotros (1596).

(5) *Bosarlo*: echarlo (rebosarlo) (antic.).

de tomar gloria vana, que su gloria era ser deshonrado y estimado por escoria de aqueste mundo; y la otra era decir aquellas cosas, porque la doctrina de Jesucristo que predicaba corría riesgo de no ser creída, si él no contara cómo Dios lo había hecho su Apóstol, y otras particulares mercedes, y el mucho trabajo que había pasado, y lealtad que había guardado en la predicación del santo Evangelio, no buscando en esto su honra, antes protestando muchas veces que lo decía forzado para que creyesen su doctrina y glorificasen a Dios, y no fuesen engañados de falsos predicadores. Esto muy bien hecho era. Y si vos me dais un corazón fundado en verdadera humildad, y que tenga por azote que mucho le duela el ser estimado, y tenga por deleite el ser despreciado, y concurra necesidad de remediar el peligro ajeno, o de pedir el consejo para que el demonio no le engañe *transfigurándose en ángel de luz* (2 Cor., 11, 14), como muchas veces lo hace, en tal caso bien hecho es el declarar las mercedes de Dios, como lo hizo San Pablo.

Mas qué tienen que ver con esto los fervores de los que comienzan a servir a Dios, que movidos con liviandad—que llaman ellos deseos de aprovechar a otros—, tienen una comezón en la lengua por decir lo que sienten, y hacerse predicadores antes de tiempo; y para autorizar lo que dicen cuentan alguna merced particular que el Señor les ha hecho, y como tienen poco caudal, y lo echan fuera de su corazón, quédanse pobres, y pensando aprovechar a los otros, dañan a sí mismos, y después de la pérdida entienden su yerro, y no todas veces pueden cobrar lo perdido, y gimen porque no cumplieron lo que dice Isafas (24): *El secreto mío para mí*, y por experiencia conocen que quiere el Señor, que como la mujer casada debe guardar secreto a su marido de lo que pasa a solas con ella, así quiere que el ánima le guarde secreto de las particulares mercedes que de su mano recibe, si no fuere con las condiciones ya dichas.

Y aunque hay algunas personas de voluntad tan sana y tan sencilla, que aunque cuenten estas cosas, no sienten que el Señor se enoja ni les quita las mercedes que en secreto les hace, todavía la verdadera humildad pide y desea esconder la dádiva, y enmudece la lengua para que no diga cosa por la cual pueda el hombre ser en algo estimado. Para entender esto así, nos debe bastar el ejemplo de esta Santísima Vir-

gen, que como más humilde que todos, aborrecía en gran manera que por su boca saliese cosa por la cual pudiese ser estimada. Y aunque se vió en trance de tanto peligro, suplicó al Señor que, pues es todopoderoso, lo remediase por otra vía, y no le mandase decir a ella mercedes tan particulares que de su mano había recibido. Verdad es que después de subido el Señor al cielo, y después de haber predicado los sagrados Apóstoles la verdad del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, declararon a todos que aunque había consentido de haber sido estimado por hijo de José, no lo era sino de sólo el Padre Eterno, que en cuanto Dios le engendró, y en cuanto hombre, de la bendita Virgen María, que sólo le engendró por Espíritu Santo. Entonces, como cosa ya sabida y manifiesta, Ella declaró a los Apóstoles, especialmente al evangelista San Lucas, muchas particularidades de la santa Encarnación, y otros muchos misterios que Ella sabía; y aun esto no lo osara Ella decir por su gran humildad, si no fuera particularmente mandada e inspirada por Espíritu Santo, cuya obediencia se debe preferir a la humildad, pues en faltando ésta, deja de ser virtud y se torna soberbia.

#### 10.—Revelación a San José.

Y tornando al propósito, padecía San José, y padecía la Santísima Virgen; llamaban entrambos a Dios, y dilataba el Señor el socorro para que ellos más mereciesen con la paciencia, y nosotros más nos aprovechásemos de tales ejemplos, pues sabía el Señor que nos habíamos de ver en tribulaciones. ¡Mas, oh Señor, y con cuánta razón debe tener paciencia el atribulado que invoca tu divina misericordia, y debe esperarla, aunque más y más se dilaten, pues que ni tienes corazón duro para dejar de sentir los trabajos de los tuyos, ni orejas sordas para dejar de oír sus gemidos y ruegos muy grandes! Muy gran verdad es lo que de ti, Señor, está escrito (Ps., 9): *Esperen en Ti los que conocieron tu nombre, porque no has desamparado a los que te buscan.* Y porque la tardanza del remedio, que a muchos flacos es causa de desconfianza, no nos derribe, mandaste, Señor, darnos aviso contra este desmayo tan perjudicial, y mandaste que nos fuese de tu

parte dicho (*Habac.*, 3): *Si el Señor se tardare, espéralo; que viniendo vendrá, y no tardará.*

Llamaron al Señor en su tribulación nuestra Señora y José; y cuando estaban ellos más apretados, envíales el Señor su socorro, según su acostumbrada misericordia. Y estando José durmiendo, aparecióle un ángel de Dios, el cual se cree piadosamente ser San Gabriel, pues era negocio que tocaba a la Encarnación del Hijo de Dios, que a él había sido encomendado, y dícele al Santo José: *José, hijo de David, no temas de tomar a María tu mujer, porque lo que ha nacido en ella de Espíritu Santo es; y parirá un hijo, y llamarle has por nombre Jesús, porque Él hará salvo a su pueblo de los pecados de ellos.* Esto le dijo, y con tanta claridad, que el Santo José fué tan certificado de aquella verdad, que ninguna duda le quedó, chica ni grande. ni más tinieblas en su corazón; porque todo aquello huyó con el resplandor de la luz celestial, que mediante la habla del ángel del Señor obró a su entendimiento; como hacía a los santos Profetas, que les daba lumbre evidente de que aquello que les decía era verdad y no engaño.

No es impedimento para esta certidumbre acaecer esto durmiendo, pues ha dicho el mismo Dios (*Num.*, 12, 6) que *también aparece a sus Profetas durmiendo como velando.* Y así también se escribe en el libro de Job (33). Y así también lo experimentamos, pues hay muchas personas a quien acaece acostarse con ruines propósitos, y estar en mala vida, y tan mala, que a morirse durmiendo, fuera el infierno su sepultura; y es tanta la misericordia de Dios que, o por cosas que ven entre sueños, o por palabras que les son dichas, recuerdan los ojos llenos de lágrimas, y el corazón todo mudado, con entrañable arrepentimiento de sus pecados y propósito de hacer penitencia; y el haberla hecho, y el vivir bien, ha sido señal que fué de Dios lo que en el sueño les acaeció. Y si con éstos, que con tan mala conciencia se echaron a dormir, Dios obra su misericordia, dándoles tales avisos, no es mucho que creamos que hace sus misericordias con los que le sirven, declarándoles entre sueños lo que les cumple, consolándolos en sus trabajos, avisándoles de los peligros, y mil maneras de cosas que caben en su infinita bondad. Y estas cosas, cuando son de Dios, traen una satisfacción particular al ánima, y tienen una particular diferencia de los sueños que no son de Dios,

como la bienaventurada Santa Mónica decía a su hijo San Agustín que los sentía.

Mas porque puede haber en estas cosas—y muchas veces lo hay—engaño del mal ángel, y vanidad de nuestra cabeza, y obra de nuestros humores, o cosas de aquesta manera, no se debe de fiar la tal persona de cosas de sueños, sin lo comunicar con persona que le pueda dar claridad, pues aun en lo que nos acaece velando, que tiene más certidumbre, es peligroso el propio juicio, y seguro el ajeno.

San José bienaventurado no tuvo que consultar al hombre sobre su sueño, pues fué tan clara la revelación y tan llena de lumbre, que ni preguntó si era ángel de Dios o no, como Gedeón (*Jud.*, 6), ni lo dejó de conocer como los padres de Sansón (*Jud.*, 13), ni dudó como Zacarías (*Lc.*, 1), ni pidió señal como Gedeón.

#### 11.—Gozo de la Virgen y San José.

No dudó, ni pudo dudar, por la grande evidencia de la revelación; mas recuerda tan alegre, y más que antes estaba penado, y con corazón tierno da muchas gracias a Dios porque le había librado de la huída que quería hacer, y conócese por muy indigno de haberle Dios hecho ayo de su Hijo, y esposo de la Madre de Él; y entrañablemente le dolía de no la haber conocido, y del haber sospechado, y pidiendo de ello perdón a Dios, se fué a lo pedir a la Virgen. Y mirándola ya con ojos alumbrados por lumbre del cielo, parecíale tan alta—como en la verdad lo es—, que ni se tenía por digno de estar delante de ella, y en una casa con ella; y arrojado a sus pies, regaba la tierra con lágrimas pidiendo perdón; y la Virgen se arrojó a los pies de él, rogándole se levantase, y esforzase a servir a Dios en el negocio que le había encomendado.

Reventábale al Santo José el corazón de ver tanta humildad, tanta caridad y tanta virtud en aquella Señora que por esposa le había sido dada. Y cuando consideraba que era Madre de Dios, agotábasele el juicio, salía de sí con admiración, y el corazón no le cabía en el cuerpo, y la ternura y lágrimas no le dejaban hablar, y daba alabanzas a Dios, que lo ha tomado por marido de la Virgen, y ofrecíasele por es-

clavo. Y pues San Juan Bautista, encerrado en el vientre de su madre, conoció y adoró al Hijo de Dios humanado, que estaba escondido en el virginal vientre de nuestra Señora, ¿con qué reverencia, humildad y amor adoraría el Santo José al bendito Niño Jesús, siendo informado que estaba en el vientre de nuestra Señora? ¿Cuán rico, cuán gozoso estaba el santo varón con verse diputado para servir a tal Hijo y tal Madre? ¿Y por cuán digno se tenía, y cuán chiquito se parecía para servir a tales Señores? Y como tal, pedía con grande instancia particular lumbre, prudencia y diligencia, y todas aquellas virtudes que, para conversar con Dios hecho hombre y con su Madre bendita, Dios sabía que había menester. En grande tribulación había estado; mas sin comparación fué mayor esto dulce que lo otro fué amargo. Y aunque cada vez que pensaba en aquesta merced era su gozo y agradecimiento muy grande, mas como esta vez fué la primera que tal nueva supo, y como vino sobre tribulación, que es salsa para que la prosperidad sea más sabrosa, y juntábase a esto la consolación que la Virgen tenía, de ver consolado a su esposo, [fueron muchas] las gracias tan agraciadas y alegres que daba a Dios porque después de tal tempestad había traído tal bonanza en la mar de sus corazones.

Resultaba de todo esto tanto gozo y admiración en el corazón del Santo José, que no sabía qué hacer ni decir, sino rogar a los ángeles y suplicar a la Virgen su esposa que diesen por Él alabanzas a Dios, y le alcanzasen gracia para conocer y agradecer tales mercedes, que sobrepujaban a su merecimiento. Consolábase en este temor la sacratísima Virgen María, ofreciéndole sus oraciones, y persuadiéndole a que tuviesen entrambos confianza en la misericordia de Dios, que pues por su sola bondad los eligió para el servicio de su Hijo, les daría gracia para bien lo hacer, de manera que fuese Él glorificado y amado. Contó el uno al otro el dulce nombre de Jesús que el ángel les había dicho que pusiesen al Niño después de nacido; y fué muy particular gozo entre ellos de oír nombre tan excelente y consolativo como es *Jesús*, que quiere decir *Salvador*, y como el ángel dijo, Salvador de pecados. Y así creo que el Santo José, por gozar del bien de este nombre, se arrojó en el suelo suplicando al Niño Jesús le perdonase sus pecados, y diese gracia para no le ofender. La Virgen su esposa no pidió per-

dón, porque no pecó; mas conociendo que, por los méritos del Niño Jesús, Ella había sido libre de todo pecado, hízole reverencia, y dióle entrañables gracias, como si le hubiera perdonado todos los pecados que Ella hubiera hecho si Dios no la hubiera guardado. Este fin tienen los trabajos en que Dios pone, trocándolos en doblado placer: y así se acaba el santo Evangelio.

## 12.—*Causas de este matrimonio de parte de la Virgen.*

*Cum esset desponsata Mater Jesu, Maria, Joseph.* El ser desposada la Virgen, y para quedarse siempre Virgen, como se quedó, pone admiración, y da ocasión de inquirir qué fué lo que en esto pretendió nuestro Señor; pues sus obras, y especialmente las que obró con su santísima Madre, todas son llenas de profunda sabiduría, aunque muchas veces oculta. Mas aunque el mismo negocio por sí nos convida a inquirir las causas del desposorio de la santa Virgen, el convenir esto para rastrear algunas de las grandes virtudes y mercedes que Dios hizo a este santo varón José nos obliga, pues estamos en su día, a hablar de las causas de este santísimo desposorio, porque de allí resultará el conocimiento de la grandeza de este santo varón, que mereció ser el desposado de tan alto matrimonio y esposo de tan bienaventurada y alta Señora.

### A) *Por lo que importaba su buen nombre.*

Muchas causas ponen los Santos por las cuales convino ser desposada la sacratísima Virgen María, así por lo que a Ella tocaba, como por lo que tocaba a su Hijo bendito. Y también para nuestro provecho convino que aquella que tan limpia y agradable era en los ojos de Dios, y que estando en la tierra, subía el olor de sus virtudes y santidad hasta la alteza del cielo, y como precioso bálsamo henchía de olor toda la corte del cielo, y deleitaba al Rey que estaba en su cama (*Cant.*, 1); ésta tan olorosa delante de Dios y sus ángeles, no convenía que tuviese fama que oliese mal delante de los hombres, pues que *del buen nombre*, especialmente la buena mujer, *debía tener cuidado*, como la Escritura lo manda (*Eccli.*, 7), de tener buena fama; no por medios vanos ni fingimientos de hipo-

crecía, mas porque con la verdad de la buena vida cobre buena fama, como la lumbre que sale del sol. Y esto, no porque con la buena vida busquemos la alabanza de los hombres, porque sería gran vanidad dejar de obrar por el contentamiento de Dios, y por su eterno galardón, y abatirnos a querer por paga de nuestras buenas obras el humo de las alabanzas humanas que de tan poco tomo es y tan poco dura.

Nunca Dios quiera que pierda el cristiano sus buenos trabajos, ni que oiga aquella justa sentencia que el Señor dará contra los vanagloriosos (*Mt.*, 6): *En verdad os digo, que ya recibieron su galardón.* Muy hollada tiene el buen cristiano esta vanidad; muy lejos está de aqueste engaño; porque los ojos que miran a Dios, y le conocen por galardón de las buenas obras y buenos trabajos, no sólo no se ceban del pago que puedan dar todos los hombres, mas aun se desdennan de pensar en ello, pareciéndoles que hacen injuria al que es galardón eterno, si mirasen en cosa tan poca. Lo que les mueve a *tener cuidado de su buena fama* es desear que Dios sea glorificado, y entender, como San Agustín dice, «que como el cristiano ha menester la buena conciencia para su provecho, ha menester la buena fama para el provecho del prójimo».

Y especialmente conviene tener este cuidado todo cristiano en lo que toca a ser tenido por hombre católico. según se lee de un santo viejo ermitaño, hombre de muy grande paciencia en sufrir injurias, y como a tal le fueron ciertas personas a probar, y le dijeron que decían de él muchas faltas y males; y callando él a todo aquello, añadieron los otros diciendo: «También dicen de ti que eres hereje.» Y entonces él, que a todo había callado, a sólo esto respondió diciendo: «No soy.» Y preguntado por qué había callado a los otros males y a éste no, pues ni tenía unos ni otros, respondió que en las otras cosas puede el hombre callar por ejercicio de la paciencia, y que en ésta no, por tocar tanto a la honra de Dios. Con lo cual concuerda San Jerónimo: No quiero que en infamia de herejía sea nadie paciente; quiere decir, que no deje de responder por su verdad y su fe, y probar que sea conocido por cristiano católico.

Este ha de ser el principal cuidado de varones y mujeres en lo que toca a la fama, y tras esto en lugar mucho cercano han de tener las personas dedicadas a Dios que profesan castidad, varones y mu-

eres, y generalmente todas las mujeres, cuidado muy particular de que su fama tenga en esta parte tan buen olor, que ninguna mezcla tenga de malo. Ni se excuse nadie con decir: «No tengo culpa, no se me da nada que digan de mí», porque, como dicen los Santos, esto muchas veces toman las mujeres ruines por ocasión para ser malas; y aunque no lo sean, en escandalizar a los prójimos y despreciar la buena fama son culpables. Y como dice la Santa Escritura (*Prov.*, 15): *El que menosprecia su fama, cruel es.* Y aunque nadie debe fácilmente creer las muchas cosas que se suelen decir de las tales personas, pues muchas veces son testimonios muy falsos, mas pocas veces acaece que aquestas cosas se digan sin preceder alguna culpa, o a lo menos alguna inadvertencia, en la cual las tales personas no miran, y los otros sí. Por lo cual conviene que haya tan grande cuidado y recato en quitar conversaciones, y en toda la más compostura de dentro y de fuera, que por mal ojo que uno tenga, no se atreva a juzgar mal; y si se atreviere a lo decir, sea tanto el buen crédito de la otra persona, que él no halle crédito para su maldad; según San Jerónimo cuenta de una doncella llamada Asela, que por sólo la bondad de su vida mereció que en la ciudad de Roma, donde tantas pompas hay, en la cual ser humilde es tenido por miseria, los buenos digan bien de ella y los malos no osen murmurar de ella.

Y porque el Señor amaba muy particularmente a su sacratísima Madre, y había determinado de nacer de Ella, no quiso que anduviese en boca de hombres que tenía hijo sin tener marido; y quiso más que le estimasen a Él por hijo de un hombre bajo, siendo Hijo del Eterno Padre, que no tocasen la fama de su sacratísima Madre. Porque como San Ambrosio dice, «sabe el Señor que la fama de las doncellas es muy delicada; y por eso, si no es muy guardada, se puede con cualquier venticico y ocasión fácilmente ennegrecer y perder». Y en ninguna manera convenía que las mujeres descuidadas en mirar por su fama pudiesen excusar y solapar su poco recato con decir: «No es mucho que digan de mí, pues dijeron de la Madre de Dios.» Lejos vaya tal excusa. No hallaréis en la Virgen bendita sombra para cobijar vuestros yeros.

Perfectísimo dechado de toda virtud y de toda lim-

pieza la ha hecho Dios, y que sea mayor que la de los angeles la que en su ánima tiene: y echase de sí su conversación exterior resplandecientes rayos de tanta honestidad, que ningún hombre otra cosa pensase, ni hablase de ella sino mucho bien y alabanzas, cumpliéndose en Ella muy por entero lo que le dijo el arcángel San Gabriel (*Lc.*, 1): *Bendita eres tú entre todas las mujeres.* Porque no sólo fué bendita de Dios, mas bendita de los hombres y de las mujeres; porque todos la estimaban por persona llena de santidad, y hablaban bien de Ella, dando gloria a Dios por las buenas obras que le veían hacer. Y así está dicho en su persona (*Eccli.*, 24): *Yo como terebinto extendí mis ramas, y mis ramos son de honra y de gracia; y soy como vid que he fructificado suavidad de olor, y mis flores son fruto de honra y de honestidad.* Compárase esta Virgen sagrada al terebinto y a la vid, porque estaba dentro de sí llena de fruto, y salían de Ella ramos de buenos ejemplos, dignos de honra y de suave olor, y de toda la honestidad, hecha perfectísimo dechado de toda limpieza y buena fama, con la cual se gocen las buenas mujeres que la imitaren, y sean reprendidas, y no defendidas, las descuidadas en mirar por sí.

B) *Para que en San José tuviese guarda.*

Mucho hay que admirar de la providencia y consejo de Dios en dar al Santo José por guarda y amparo de la fama de la sacratísima Virgen nuestra Señora, pudiendo Él guardarla por otras muchas maneras; mas mucho más hay que admirar de otra segunda causa, por la cual Dios se lo dió por esposo; conviene a saber, para que fuese el Santo José guarda de la misma persona y castidad de la sacratísima Virgen nuestra Señora. De guarda se dice que proveyó el Señor cuando desde la cruz mandó a San Juan (19) que tuviese cuidado de la bendita Virgen María; y en guarda fué dado el Santo José a la misma Virgen bendita, pues fué dado por marido suyo. ¡Quién no se admirará de la alteza de tal consejo! ¡Encomendar la guarda a un hombre, de una cosa tan particularmente metida en el corazón del Señor, y guardada de Él! Si la Virgen bendita fuera de aquellas de quien la Escritura dice (*Eccli.*, 7, 26): *En tu hija pon mu-*

*cha guarda*, y en otra parte (*Eccli.*, 42) dice lo mismo de la hija que es deshonestá, parece que fuera conforme a razón dar hombre que guardase la castidad de la mujer que estaba en peligro. Mas si esta Virgen bendita no era inadvertida, sino velaba sobre sí mucho mejor que Isaías (26) y Habacuc (2), cuando cada uno de ellos decía: *Yo estoy en vela sobre mí*; y si el Señor guarda las ánimas de sus santos, como dice David (*Ps.*, 96), y si el Señor dijo a Abraham (*Gen.*, 15): *Yo seré tu guarda dondequiera que fueres*; y si tiene Dios *puestos sus ojos y corazón en esta Virgen bendita* muy mejor que en el templo de Salomón, pues él figuraba a Ella (3 *Reg.*, 9), y está el Señor tan atento a guardar esta su casa y ciudad, que ni se duerme ni se descuida un solo punto, porque la estima en más que toda criatura en tierra y cielo; muy sobrada parece la guarda del hombre para quien es tan guardada de Dios, que con mucha más razón se puede llamar Samaria, que quiere decir *guarda de Dios*, pues está mejor guardada por la Providencia divina, para que *ni le haga mal el sol de día, ni la luna de noche* (*Ps.*, 120), que la provincia de Samaria, que se llama *guarda de Dios* por tener a una parte la tierra de Judea, y a la otra la de Galilea, por las cuales partes acostumbraban a venir los enemigos. Y con todo esto, y con ser esta Virgen bendita *aquella cama del rey Salomón*, cercada de *sesenta caballeros fuertes y muy diestros en la guerra* para que la guardasen (*Cant.*, 3), que son la muchedumbre de angeles que Dios diputó para guarda de Ella, especialmente después que el verdadero *pacífico*, Jesucristo nuestro Señor, se reclinó en ella, haciéndose hombre en sus entrañas, no obstante la guarda de Dios y de tantos ángeles, y la que Ella tenía sobre sí, le da el Señor otra guarda, que es el Santo José. ¿Quién no se maravillará de la divina Providencia, que quiere tener compañeros en lo que Ella sola puede hacer, y quiere honrar a sus criaturas haciendo medio a unas, para que otras se lleguen a Él? Y lo que es mucho de maravillar, es que ayude y guarde el menor al mayor, y el menos bueno al más bueno, y que haya ovejas que, en la gracia y gloria, estén más altas que sus pastores y guardas.

Mas a todo esto deseamos saber de vos, Virgen benditísima, si estáis sentida, u os tenéis por afrentada de que siendo vos tan limpísima, y muy bastante para guardar a los otros, os pongan guarda a vos, y guarda

de ángeles y de hombre, siendo vos más limpia que todos ellos. ¡Oh limpia sobre todos los limpios, y humilde sobre todos los humildes! Y por eso más limpia, porque más humilde. Que no sois vos, Señora, de aquellas, llenas de presunción, y llenas de flaqueza, que se tienen por tan castas, que se llaman agraviadas si alguno les avisa o les pone guarda en cosa que toque a su honestidad y castidad, dejándolas, como a otro Nabucodonosor (*Dan.*, 4), comer manjares de bestias, que son deleites carnales; y concocen las miserables, aunque tarde y muy a su costa, que ni la castidad, ni la fe, ni otra virtud, se hereda de los pasados, ni se puede alcanzar ni conservar por las propias fuerzas, si aquel Señor, *de quien descende toda dádiva buena y don perfecto* (*Jac.*, 1), no la da y no la conserva.

Y para que Él esto haga conviene que seamos humildes; pues a éstos da y conserva su gracia; y el humilde ninguna cosa confía de sí; y como San Bernardo dice: «La virgen que de verdad lo es, aun lo seguro teme, y como persona que conoce su propia flaqueza, y entiende que ha menester ajena ayuda para que Dios le dé la suya, no sólo no se tiene por agraviada de que le avisen y guarden, mas ella lo ruega cuando no lo tiene, y lo agradece mucho cuando se lo dan; y aun con todo esto no se asegura, temiendo su propia flaqueza, no le haga perder la castidad muy amada.»

Y esto pretenden los santos Concilios cuando mandan a los Obispos que tengan en el aposento donde duermen, varones religiosos y honestos que sean testigos y guarda de su castidad. Y así se lee de San Luis, hijo del rey de Sicilia, fraile menor, y Obispo de Tolosa, que tenía siempre dos religiosos consigo para este efecto. Y costumbre es de mujeres principales nunca estar solas, si no es con su propio marido; mas siempre acompañadas de mujeres, o mujer de madura edad, clara fama y antigua virtud. Y San Jerónimo dice a Santa Paula, que enseñe a su hija que nunca se aparte del lado de su madre, y que tiemble de estar sola sin ella.

Saludable consejo, especialmente para todo varón religioso y mujer religiosa, y especialmente doncellas, nunca estar a solas con hombre, sino con su confesor, y esto en el confesonario. Y quien fiare tanto de sí, que le pareciere no haber menester guarda de otros,

entienda que aunque no haya caído de aquella virtud, está caída en la miserable soberbia, en la cual, como dice David (*Ps.*, 35), *cayeron todos los que obran maldad*. Porque según es escrito (*Prov.*, 16), *antes del ensalzamiento precede humildad, y antes de la caída precede soberbia*. Y así entienda el hombre que aquello de que se ensoberbece, presto se lo quitará Dios; y el tiempo que lo tiene le aprovechará muy poco; porque la soberbia o quita los bienes o los hace poseer sin provecho.

Miremos todos a la excelente humildad de la limpiísima Virgen María, que con tantas prendas de seguridad, recibe—y con hacimiento de gracias—la guarda que el Señor le dió; y entendamos que aunque el Señor tenía tan particular amor a su benditísima Madre, que bastaba a guardarla sin guarda de ángeles y guarda de hombres, quiso darle ángeles invisibles. y hombre visible, para que en casa y en caminos y en pueblo estuviese acompañada, y muy en seguro su fama y su castidad. Y de aquí se entienda, que pues quiso dar guarda a su Madre, ninguna mujer le agrada con presumir que ella sola se puede guardar; y que le desagradará mucho la que no buscare quien le avise y ayude a su castidad, y mucho más la que no agradechiere y se aprovechare de la guarda que tiene. Y si se agravia de tenerla, y responde mal y la desprecia, no hallaremos nombre para declarar tanto mal; mas el juicio de Dios y el quitar su amparo dará a entender lo que es.

### C) *Para que viviese en obediencia.*

El querer Dios que su Madre bendita fuese casada con hombre, habiéndola tomado Dios Padre por limpiísima esposa, y haber de guardar perfecta virginidad en el casamiento, fué tan grande obra que [no] nos habemos de maravillar de que obra tan grande haya tenido grandes y muchas causas, y excelentes efectos; y allende de las que se han dicho, hay otra, y no de pequeña consideración. Ama el Señor a la Virgen; y deseamos dar contentamiento a quien amamos; y casóla Dios, por condescender a los deseos y peticiones de esta Virgen bendita. Mas ¿quién será tan atrevido, que ose hablar de los deseos de aquel virginal corazón, dotado de tanta profundidad y alteza de santidad, que sólo Aquel que tal la hizo, es el solo que la

puede comprender? Puede la Virgen decir con mucha razón, que (*Is.*, 55, 9) *asi como los cielos son ensalzados sobre la tierra, son los caminos de su corazón muy mucho más altos que los nuestros.* ¿Qué podremos alcanzar a decir de un corazón más alto en santidad que los serafines, los que somos de corazones bajos, y aficionadas a los deseos de carne, o a humos de honra, o al engaño de las riquezas, pues ordinariamente por su corazón saca el hombre el ajeno? No piense nadie, no, que los secretos de aquel virginal corazón, y el trato que con Dios tenía, sus deseos y suspiros, eran de tan poco tomo, que nuestra pequeñez los puede alcanzar. ¿*Por ventura has entrado tú en los tesoros de la nieve?*, dijo el Señor a Job (38), para humillarle la presunción que parecía tener de su sabiduría. Y cierto, puso Dios mayores tesoros y más escondidos en aquel virginal corazón, más alto que el cielo, que en la nieve que se engendra debajo del cielo. No hay quien escudriñe el abismo del mar, ni nosotros presumamos de querer comprender cosa tan escondida; mas por conjeturas rastreemos algo de lo que cumple a la presente materia.

Escrito está (*Ps.*, 11, 10, 17), *que el deseo de los pobres oye Dios y el aparejo de su corazón oyó su oreja.* Y *pobre* se llama en la Escritura el que es humilde, porque ninguna cosa tiene en sí en que se arrime ni en que confíe, y toda su riqueza tiene puesta en la misericordia de Dios, y su oficio es pedirle y ser mendigo a las puertas de su misericordia. Y como sea cosa cierta haber sido la Virgen la más humilde de todas las criaturas puras que Dios crió, tenía deseos muy grandes, conforme a la grandeza de su humildad. No desea cosas grandes el que desea la honra, ni el mandar a otros; humo es, vanidad es, y cosa que a Lucifer hizo de ángel demonio (*Apoc.*, 12); aborreció la obediencia de Dios, y el humillarse a sus criaturas; deseó no ser mandado de nadie, y mandar él a todos; y esto es ponzoña tan poderosa, que lo derribó hasta el profundo de los infiernos, donde es el más bajo y más malaventurado que todos, el que deseó ser más excelente que todos. Sabía la Virgen bendita, como enseñada de Dios, cuánto desagrada a sus ojos la hinchada soberbia, y cuanto le agrada la sujeción y humildad, no solamente humillándose a Dios y sirviéndole, mas también sujetándose a los hombres por Dios. Y lo que su Hijo bendito y Señor nuestro pre-

dicó e hizo cuando grande en el mundo, se lo predicó a Ella por Espíritu Santo aun antes que fuese concebido de ella; y aquel espíritu de humildad que al Señor movió de lavar a sus discípulos los pies, que obra tanto en los corazones de los que le aman, que por honra de Él y por imitar tal ejemplo, como Él lo mandó (*Jn.*, 13), aborrecen de corazón los lugares más altos y el mandar a otros, y tienen por una muy cumplida riqueza y por gran deleite y encumbrada honra la sujeción y obediencia, no sólo a Dios, mas a todos los hombres, como dice San Pedro (*1 Petr.*, 1), y aun esto les parece poco, porque mirando aquella inestimable humildad con que el Altísimo se derribó a oficio de siervo lavando los pies a personas tan bajas, paréceles que el bajarse ellos a servir y obedecer a los hombres es poca baja, y desean ser sujetos aun a las criaturas menores, y con todo cuanto pueden abajarse y desean, no piensan que hacen nada, en comparación de tan soberano ejemplo de humildad como el Señor Altísimo dió a sus siervos. Pues si esta pequeña participación del espíritu humilde de Cristo, tan amadores de sujeción y humildad hace a los suyos donde Él mora, ¿qué pensáis que obraría en el santísimo Corazón de la Virgen, pues que le fué dado en mayor abundancia, y el vaso en que se recibió fué más aparejado, y mayor sin comparación que los otros?

Mucho, Virgen Santísima, os ensalzó el Señor, y gran motivo fué para haceros mercedes el tomaros por Madre, porque conforme a la alteza de tal dignidad, había de ser la abundancia de las gracias y dones, para dignamente recibirla y usar de ella. Y así como nadie hay que tan cercana sea en la carne al Hijo de Dios como vos, pues por ser Hijo y Madre, sois una carne, así no hay persona en quien tan espiritual parentesco y unión de corazones y unidad de espíritu haya, como entre Vos y Él. En el cuerpo y en el rostro dicen algunos que se parecía la Virgen y su Hijo bendito, y que pudieran sacar al uno por el otro; mas sin ninguna comparación era mayor la semejanza en los espíritus, y el uno era imagen del otro. El Señor era toda la hermosura de la santidad junta, y cada uno de los Santos tiene parte de la semejanza de Él, conforme a los grados de la santidad de cada uno que del Señor recibió. Mas la más semejable a Él, la Virgen bendita es, pues, como San Jerónimo dice: «A los otros Santos se da la gracia por partes, mas a la

Virgen se derrama toda la plenitud de la gracia divina.»

Pues siendo esto así, oh Virgen bendita, ¿quién tendrá ojos para poder mirar en hito el muy resplandeciente sol de vuestra humildad, tan cercana a la de vuestro Hijo bendito, el cual dice que vino *a servir y no a ser servido* (Mt., 20), y fué obediente a su Padre, y por su amor se sujetó a los hombres; y su principal cuidado fué tener humildad, para destruir en los hombres la soberbia de Lucifer, pues su venida fué a reparar el daño que por soberbia había entrado en el mundo? Y conforme a esta humildad y obras humildes, eran. Señora, vuestros deseos y entrañables peticiones a Dios, suplicándole no os diese honras en este mundo, no mandos ni riquezas, sino sujeción, obediencia, tener a quien reverenciar y por quien ser regida en la tierra.

¡Quién, señora, fuera digno de estar escuchando vuestra ferviente oración, llena de suspiros y lágrimas, suplicando al Señor tal merced! Diría la Virgen: «Concédeme, Señor, que yo sea esclava de aquella doncella que os ha de concebir y parir y quedar siempre Virgen; que en más estimo ser su criada y esclava, que ser señora de todo el mundo. Y esta merced os pido, Señor, y os suplico me la otorguéis por quien Vos sois. Y si esta merced me negáredes, ordenad Vos, Señor, otros caminos, como yo viva en sujeción y obediencia, y no use de mi libertad.»

Señora, ¿quién os enseñó siendo moza, viviendo en el templo, cuán peligrosa cosa es para todos, especialmente para las mujeres, la libertad? ¡Qué presente tenéis en vuestra memoria el yerro de nuestra madre Eva (*Gen.*, 3), tan costoso para todo el mundo, de que se fué sola a pasear por el huerto, y de que siendo razón que tomara consejo con su marido y lo siguiera, se atrevió a darle consejo a él, y a rogarle que siguiese la voluntad de ella, comiendo de la manzana, que ella a solas y con mala libertad había comido! Y también os acordábedes del triste suceso de la salida a pasearse Dina, hija de Jacob (*Gen.*, 34); el cual evitara, si fuera acompañada de su padre y hermanos, y no sola y confiada de sí. Estos y otros ejemplos de los daños que a las mujeres han venido por querer ser libres, y la doctrina del Espíritu Santo que enseña vuestro corazón, os hacía aborrecer esta peligrosa libertad, y amar de todo vuestro corazón las

ataduras de la sujeción y obediencia, que causan salud y seguridad. Con tan grande temblor decíades al Señor: «Padre y Señor mío, pues me habéis hecho esta merced, que desde chiquita me recibiesen en esta vuestra casa y templo, para que yo viviese en obediencia de la Prelada, y por vuestra gracia, me habéis dado en el corazón tanto gusto y amor de la sujeción, que no sólo la procuro guardar con mis mayores, mas aun con todas las que en esta casa están, teniéndome yo por menor y esclava de todas, continuad, Señor, esta misericordia conmigo, y proveed cómo, si yo he de salir de esta casa, tenga a quien obedecer y servir, porque tiemblo de pensar si tengo de vivir en mi libertad, cosa que yo tanto aborrezco.»

¡Oh confusión grande para nuestra soberbia, palabras de tanta humildad! ¡Oh cuán pocos hay que deseen lo que la Virgen deseaba, y por eso pocos piden lo que Ella pide! ¡Y pluguiese a Dios no lo aborriesen cuando Dios les ordena vida de sujeción y obediencia, y no procurasen de romper este saludable yugo, y gozar de falsa libertad, verdadera causa de su perdición! Mujeres hay que, por no tener a quien obedecer y respetar, no se quieren casar. Otras huyen de obedecer a Prelados, y aun a sus propios padres. Y el castigo justo de esta culpa es dejarlos Dios seguir la altivez de sus pensamientos, y que pierdan los grandes bienes que se siguen de la sujeción, y experimenten con miserables yerros que el bien del varón, y principalmente de la mujer, es no querer libertad. Que mejor consejo toma la Virgen en desear y pedir el lugar más bajo, donde sea mandada y regida; y tal oración como ésta, no dejará de ser agradable a aquellos ojos benditos de Dios, pues de ellos se escribe (*Ps.*, 112) que *miran las cosas humildes en el cielo y en la tierra*. Y en otra parte está escrito (*Judic.*, 9): *Los soberbios desde el principio no te agradaron; mas la oración de los humildes y mansos, siempre, Señor, te agradó*. Y así no es maravilla que esta oración tan humilde, aunque hecha en la tierra, subiese al cielo; pues está escrito (*Eccli.*, 35): *La oración del que se humilla penetra los cielos*. ¿Cómo había de negar Dios deseos de persona tan humilde, y pedidos con tanto ahinco? Esta es, pues, aquella *hierba suave* (*Eccli.*, 24), plantada en el corazón de la Virgen, que *dió suavísimo olor al Rey celestial estando acostado en su cama donde Él descan-*

só, que es el humilde corazón, como Él por Isafías (57) lo dijo

Concedióle, pues, su petición, dióle contentamiento y descanso; y cuando ordenó su divina Providencia que la Virgen saliese de debajo de la mano de la Prelada que en el templo tenía, púsola debajo de la mano del santo José para que le obedeciese, reverenciase y respetase con mucho cuidado; porque dársele por marido es dárselo para que use con él de aquestos oficios. *La cabeza del varón es Jesucristo, y la cabeza de la mujer es su varón* (1 Cor., 11); para que entienda el varón que ha de ser sujeto a Jesucristo, y entienda la mujer casada que ha de ser sujeta a su marido en todas las cosas que no fueren pecado, como es el cuerpo a la cabeza, y como es la Iglesia a Jesucristo; sin que sea estorbo de aquesto ser el marido alto o bajo; porque no ha de ser mirado con ojos de carne, que tienen más cuenta con las cosas de carne que con la verdad, mas con ojos cristianos, que entienden en representar el marido la persona de Cristo, y que el acatarle o desacatarle es acato o desacato hecho al mismo Señor.

D) *Para que fuese esposa de un carpintero.*

Y para que más os admiréis de la alteza del divino consejo, y cuan por otros caminos va la sabiduría de Dios que la humana prudencia, da marido a la que tenía por Esposa y la había de tomar por Madre no duque ni conde, ni rico ni rey, sino un carpintero, que tenía necesidad para se mantener de ganarlo con la azuela en la mano. *¿Quién no se admirará hasta salir de sí de cosa tan extraña, y fuera de los quicios de la humana razón? ¿Quién no dirá con San Pablo (Rom., 11): ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprendibles son sus juicios, y cuán sin rastro sus caminos! ¿Quién conocio el sentido del Señor? ¿Quién fué su consejero? ¿Quién le enseñó? Todas las cosas salen de Él, todas son hechas por Él, todas son conservadas por Él.*

¡Señor para siempre bendito, Dios cuya sabiduría no tiene término!: ya que determinaba vuestra voluntad de tener Madre casada, ¿por qué ordenáis casamiento tan desigual, dando a la que es Reina de los ángeles, y lo que más es, que es Madre vuestra, no a

rey ni emperador, sino a un carpintero? ¿Tan amigo sois de humildad y pobreza, no sólo amadas en el corazón, mas puestas por obras? ¿Tan dulce sonido hace en vuestras orejas y de vuestra Madre, que os llamen a Vos hijo, y a Ella esposa, de un carpintero? ¿Y que pudiendo, y con toda facilidad, Vos y vuestra Madre sagrada, oír otros títulos de grandísima honra. aborrecéis aquéllos y escogéis éstos? Cosa nueva es, ni vista ni oída en el mundo; mas con esta doctrina y ejemplo de tanta humildad, queréis, Señor, dar a entender cuán engañados van los que desean engrandecerse en la tierra, y que el abajarse en ella es camino verdadero para ser ensalzados en el cielo.

Y aunque Vos, Señor, muchas veces predicasteis esto con vuestra santísima boca, quisisteis Vos obrarlo en vuestra misma persona y de vuestra Madre bendita, para dar a entender que no es doctrina de tener en poco lo que con humildad tan extraña y puesta en obra nos encomendáis. Mas ¡ay del mundo por el gran peligro del viento de la soberbia, que nos tiene tan ciegos, que aun con tales ejemplos, aman los hombres lo alto del mundo, como si Cristo se lo hubiera mandado y lo hubiera Él buscado, y huyen con todas sus fuerzas de lo que Él y su Madre buscaron y amaron, como si en ello estuviese su mal y condenación! ¿En qué pararán, Señor, en qué pararán los que despreciando vuestros ejemplos siguen los del miserable Lucifer, que, según dice Job (41), *es rey sobre todos los hijos de la soberbia*, sino en que, pues no caminan por donde caminasteis, no vayan donde Vos fuisteis, y pues les pareció bien seguir al rey soberbio, tengan parte en el reino de eterna miseria y deshonor, que como Jeremías (20) dice, nunca será puesta en olvido?

¡Oh cuánta razón tenemos, cristianos, de con grande atención juntar nuestros espirituales sentidos, para considerar la alteza de Dios en aquesta obra de tanta humildad, la grande gana que tiene de que seamos humildes, y la grande obligación en que nos pone, pues que nos lo dice a costa de obras! Confúndanse todos los soberbios con aqueste ejemplo; avergüéncense y teman las mujeres casadas de cotejarse en su corazón con sus maridos, pareciéndoles que son más altas y honradas que ellos, y que no las merecían tener por mujeres. Y si el negocio llega a tanta desvergüenza, que en las palabras o en las obras, den a en-

tender la hinchazón pestilencial de su corazón, llórense como gente muy perdida, por verse tan lejos de la humildad de la sagrada Virgen María, que olvidada de la grande ventaja que a su marido llevaba, le respeta y acata en su corazón, le sirve y obedece con las obras de fuera. ¡Oh qué engañadas estáis las mujeres a quien esto toca, en pensar que podéis tener amistad con la Virgen casada y humilde, vosotras las casadas soberbias! Y si a la Virgen bendita parecéis mal, ¡ay de vosotras!, porque en ninguna manera parecéis bien a Dios. Ordenanza de Dios fué aquésta, para demostración de la profunda humildad de la Virgen, y para justificar la condenación de las mujeres soberbias. Pues los cielos y la tierra, y todo lo que en ellos está, dirán a voces que no hay cosa más monstruosa ni digna de mayor castigo, que humillándose el Rey de la majestad, el hombre y gusano se quede enhiesto y soberbio; y que acatando y honrando la Madre de Dios a su esposo José, como a cabeza suya y lugarteniente de Dios, se desdeñe la mujer hormiga de no hacer lo mismo con su marido. Excelentísimo ejemplo fué dado a las mujeres casadas en ser casada la bendita Madre de Dios, para que como [fué] ejemplo de doncellas que están debajo de la mano de sus padres, y de las religiosas que están debajo de la mano de sus preladas, y de las viudas que pierden marido, lo fuese también de las mujeres casadas; para que todo estado de mujeres tuviese este espejo resplandeciente en que se mirar, y fuese maestra de todas la que es dada a todas por Madre, aprendiendo de Ella lo que han de hacer y alcanzando por Ella gracia para lo cumplir; de todos es la Virgen bendita. ¡Gracias a Aquel que nos la dió!

### 13.—*Causas de este matrimonio de parte de Jesús.*

#### A) *Por el buen nombre de Cristo.*

Estas y otras muchas causas hubo de aqueste bien-aventurado casamiento, de parte de la Virgen sagrada; las cuales dejadas a que el Espíritu del Señor las enseñe, hablaremos de otras que de parte del Hijo de Dios se pueden considerar, no menos maravillosas para considerar, ni de menor provecho para imitar,

antes en todo mayores, como el Señor es mayor que su Madre bendita.

Fué pues, la primera causa de parte del Niño Jesús, saber que la divina Escritura, la cual tenían y leían los letrados de la Ley, no da buenas nuevas de los hijos nacidos fuera del matrimonio; fía poco de ellos, huye de darles cosas que a otros concede, y tiéneles una cierta ojeriza, como cosa hecha en pecado; y como el Señor había de predicar y conversar en aquel pueblo, gente tan achacosa para calumniar su doctrina, vida y milagros, ordenó la divina Sabiduría de no les dar ocasión ninguna que tuviese apariencia para poner tacha en el Señor ni en sus obras, y que fuese amparado de aquella infamia con la honra del matrimonio. Y pesó tanto esto en su acatamiento, que aunque pudiera el Señor descubrir quién era su Padre, y sabido ni su Madre incurriera en deshonra por tener hijo sin ser casada, ni la apedrearán como a adúltera (*Lev.*, 20), sino honrارانla como esposa de Dios; mas el que vino a pagar el pecado de soberbia, y dar ejemplo de humildad para el remedio de los soberbios, no quiso descubrir luego la alteza de su linaje por el cual tenía naturaleza divina, sino la bajeza de la humildad, llamándose ordinariamente *hijo del hombre*; aunque alguna vez se llamaba Hijo de Dios, no por ambición, sino por gloria de Dios; y porque a la salvación de los hombres convenía que creyesen de Él que era hombre y que era Dios.

#### B) *Para alivio de su pobreza.*

Fué la segunda causa no menos maravillosa que ésta; conviene a saber, por tener quien supliese sus necesidades y le remediase en ellas. Pudiera este Omnipotente Señor, ya que por bien de los hombres se hizo hombre, cumplir con esto con tomar un ánima impasible y un cuerpo glorioso, que ni en ella cupiese tristeza, ni en el cuerpo dolor ni otra alguna necesidad. Y no fuera esto contra razón; que era justo ser ajeno de las penas que entraron por el pecado el que no cometió pecado. Mas ya que su caridad le hizo renunciar este su derecho, y no se contentó con humillarse hasta tomar cuerpo, mas cuerpo pasible, mortal, sujeto a hambre, desnudez, frío, cansancio y

calor, y a las otras humanas necesidades a que los otros hombres son sujetos, las cuales aun sentia más que ellos, por ser más delicado que ellos; mas ya que su amor le ponía este *grave yugo* de necesidades que se pone *sobre los hijos de Adán*, que los aprieta *desde el día del nacimiento de ellos, hasta el día que se les acaba la vida* (Eccli., 40, 1, 2) pudiera el Señor, ya que quería servirse de sus criaturas para mantenerse de ellas, mandar al ave que viniese a ser su manjar, y al pan y al agua y al vestido que lo mantuviesen y cobijasen, y que el mismo fuego lo viniera a calentar, sirviéndole estas y otras cosas inmediatamente como a su verdadero Señor. Mas tampoco quiso usar de aqueste modo de señorío, aunque muy justo, disimulando con la majestad por cumplir con la humildad, de la cual había de ser único maestro por palabras y obras; por lo cual no quiso servirse de estas criaturas para remedio de sus necesidades, sino que le fuesen dadas por mano de otras criaturas, como si no tuviera derecho sobre ellos.

—Señor, pues si os determináis de recibir lo que habéis menester, recibidlo de la mano de los ángeles, que son muy altos y honrados; porque el magnánimo no recibe de todos, sino de personas muy altas. —No será así, dice el Señor; no me hice ángel, sino hombre para abajarme más; de mano de hombres y no de ángeles he de recibir lo que he menester.

—Pues sea, Señor, de mano de algún duque o conde, o de un rey. —No, sino de un hombre bajo.

Pues dadle, Señor, renta con que os mantenga. —No, sino de lo que ganare con su oficio en mucho sudor de su cara. ¡Oh humildad! ¡Oh pobreza, cuán amada sois de este Señor, pues os santifica, tomándoos en su misma Persona, para después llamar *bienaventurados a los humildes y pobres de espíritu!* (Mt., 5). Por lo cual convino que la Virgen bendita fuese casada, para que pues Ella no podía a solas remediar las necesidades de su Hijo bendito, tuviese esposo que la ayudase. Porque así como se escribe de Adán (Gen., 2) que le dió Dios mujer *para que le ayudase*, así también no convino que la bendita Virgen estuviese sola en este ministerio, sino que se le diese varón que la ayudase y fuese semejable a Ella.

C) *Para ejemplo de humildad y obediencia.*

No es menor que éstas la tercera causa de este casamiento bendito, el cual quiso la divina ordenación que se efectuase para cumplir con los encendidos deseos del Corazón del Señor, cerca de la humildad y obediencia. El cual, sabiendo que el camino para ir al cielo y agradar a los ojos de Dios había de ser por medio contrario al corazón de Lucifer, que le perdió por soberbia, y al de los padres primeros, que cayeron en desobediencia, tuvo único cuidado de las dichas dos virtudes, con las cuales se casó sin jamás se apartar de ellas. Y porque convenía a su grandeza tener estas virtudes en grado muy alto, y la necesidad de los hombres cerca de la falta de ellas había menester poderoso ejemplo que les sanase de enfermedad tan arraigada, no se contentó el grande amador de estas virtudes de ejercitarlas en humillarse y en obedecer a Dios, como dice San Pablo (*Fil.*, 2), mas determinóse de humillarse y obedecer a hombres, para que Dios fuese glorificado en obra tan excelente, y los hombres se avergonzasen de quedarse enhiestos y desobedientes, viendo al Altísimo tan humillado y tan obediente.

De aquí nació lo que el Señor dijo en reprensión de sus Apóstoles, que deseaban mandar (*Mt.*, 20): *El Hijo de la Virgen no vino a ser servido, sino a servir.* De aquí nació el *estar entre sus discípulos como quien sirve* (*Lc.*, 12) y hacer aquella obra de que todo el cielo se admira, de lavarles el Jueves Santo sus pies, en testimonio que su Corazón entrañablemente amaba el servir y aborrecía la vanidad del mandar, y ambición de la honra y señorío; porque lo que desde la primera edad se embebe en el hombre, dura con él en la mayor edad. Y para que ninguna parte de la vida del Señor estuviese desacompañada de estas virtudes, quiso tener Madre a quien se humillase y obedeciese, guardándole el respeto y preeminencias de Madre; y no contento con esto, se abajó más, a servir, obedecer y honrar a un hombre por ayo, que tenía en lugar de padre, de menores quilates que los de la Virgen bendita; para que tanto fuese más ilustre su obediencia, cuanto la persona a quien obedecía fuese más baja, y tanto fuese ejemplo más eficaz para convidar a los hombres a ser obedientes y humildes.

y tanto fuese más justa la condenación de quien, con mal consejo, otro camino tomase más del de su Cabeza, Cristo, y a éste siguiese, amase y obedeciese; para que así seguido y obedecido, le diese aquí en este destierro gracia, y después le llevase consigo a su santa gloria.

## TRATADO 3.º

### NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA (I).

(*Linaje espiritual de Cristo.*)

*Libe r generationis Jesu  
Christi.*

Libro de la generación de  
Jesucristo.

(*Mt., I, I.*)

#### 1.—*Introducción.*

*El que tuviere sed*—dice nuestro Redentor Jesucristo por boca de su Evangelista San Juan (7, 37)—*ven- ga, que Yo le daré a beber de una fuente de agua viva, y de balde* (Apoc., 22, 17). Conténtase Jesucristo nuestro Redentor, en lugar de precio para alcanzarle, que tengamos sed y deseo de Él; no quiere más de nosotros; con sólo esto se contenta, que estemos sedientos y deseosos. Préciase y arréase Dios mucho de esto y mándase llamar en la Escritura (Is., 45) *el Deseado*; porque a ninguno se da Dios, sino a aquel que le desea, y a ninguno se negó que lo deseó. ¿Pensáis que antes que viniese a encarnar y a remediar nuestras necesidades, y a hacerse hombre por nosotros, que fué poco deseado? ¿Qué de suspiros, qué de gemidos! «¿Cuándo vendrá? ¿Cuándo llegará ya esta hora en la cual ha de venir el que nos tiene de remediar?» Esperad un poquito, dice Dios (Ageo, 2): *Adhuc modicum, et ego movebo coelum, et terram, et mare, et aridam, et veniet DESIDERATUS cunctis gentibus*, y vendrá el Deseado de todas las gentes.

Tengo para mí que este día se pidieron grandes albricias a los ángeles en el cielo. ¿Qué de fiestas, qué de placeres, qué de regocijos creo que hicieron! ¿Qué de corazones desconsolados y desmayados fueron consolados y esforzados con la esperanza del *Deseado*,

viendo ya llegar el tiempo en que había de venir, con el nacimiento de la que [le] había de parir! Tengo para mí que se cumplió hoy la profecía de Malaquías (3) muy a la letra espiritual y verdaderamente: *Et statim veniet ad templum suum Dominator quem vos quaeritis, et angelus testamenti quem vos vultis*. El santo templo de Dios, las entrañas de la Virgen nuestra Señora son. *Satim veniet*: presto vendrá, no tardará; luego vendrá a su templo; ya es nacida la Doncella que lo ha de parir. ¡Cuántas albricias pidieron los ángeles a los Padres del limbo! ¡Qué placeres y alegrías se hicieron en los cielos! ¡Qué de consuelos a los siervos de Dios y a los hombres santos en la tierra se dieron con esta bienaventurada nueva! Ya es nacida la Doncella de la cual ha de nacer *el Deseado de las gentes*.

—¿Pues qué a nosotros de eso? El nacimiento de la Virgen María ya es pasado; sí, que no ha de tornar ya para nosotros.

—¿Pensáis que son acabadas las misericordias de Dios? No; si somos fieles para dar gracias a Dios en esta vida por las mercedes que nos hizo con esta Niña, con esta Doncella, sentiríamos el nacimiento de la Virgen en nuestros corazones. ¡Qué de regocijos semejantes a los del cielo sentirían nuestras almas! ¿Si hay aquí alguno que ande deseoso por topar con Dios? «¡Oh Señor, que me tenéis muerto de vuestro deseo! Tantos años ha que os ando buscando, y no os puedo hallar; dádmelos ya, Señor, por quien Vos sois, a conocer. ¡Oh Señor, que mucho os deseo, y no puedo topar con Vos!» Désele por señal que la Virgen ha nacido hoy, para que así como su nacimiento de Ella entonces fué señal que se acercaba el de Jesucristo nuestro Señor, así ahora por su intercesión alcanzaremos gracia para tratar de su nacimiento.

## 2.—Genealogía de Cristo.

*Liber generationis*, etc. Estas palabras, son principio del Santo Evangelio que escribe el Evangelista San Mateo de la presente festividad de hoy, del Nacimiento de la Santísima Virgen María nuestra Señora.

Comienza el libro de la generación de Jesucristo. ¿Qué ha Dios con linaje? *Libro del linaje y genealogía*

de Jesucristo. ¿Qué tiene que ver linaje con Él? *Según la carne*, habéis de entender.

Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, y fulano engendró a fulano, etc. ¡Mucha cosa! Señor, ¿para qué mandáis escribir eso, si Vos mandáis por otra parte que despreciemos la carne y el linaje, y toda la honra y vanagloria? Cuanto más que si os queréis honrar de vuestro linaje, hubo en él tantos malos, que antes hay en él deshonra que honra: Manasés, que hinchió a Jerusalén de sangre de profetas y siervos de Dios, y fué grande adorador de ídolos, y a todos mataba. Pues Acab fué otro tal, y aún peor. En medio de estos dos nació un bueno, que fué el Rey Ezechías. ¿Para qué mandáis contar vuestro linaje?

Para dos cosas: Para la fe; porque estaba profetizado que el Mesías había de venir de la tribu de Judá y de la casa de David. Y porque no siendo de la tribu de Judá no podía ser de la casa de David, por eso dice: *Matán engendró a Jacob, y Jacob engendró a José, marido de la Virgen María.*

—Padre: Si no nació Jesucristo del linaje de José, pues no es hijo suyo, sino de la Virgen María; solamente fué concebido por obra del Espíritu Santo, ¿cómo se verifica, sin contar el linaje de Jesucristo, que viene de la tribu de Judá y de la casa de David, contando solamente el de José?

La respuesta es, que José y la Virgen María eran de una tribu misma, porque entonces no se casaban los de una tribu con los de otra; y así en contar el linaje de José, que *casó con la Virgen María, de la cual nació Cristo*, está claro que viene de la tribu de Judá y de la casa de David.

—¿Pues cómo se casaron una vez los de la tribu de Leví con otra tribu? Y Santa Isabel sí, que parienta era de nuestra Señora, y no era de la misma tribu. Luego no está probado que Cristo venía de la tribu de Judá, por probar que José lo era, que casó con nuestra Señora, pues que puede ser que fuese[n] de diferentes tribus. ¿Pues cómo sabremos que esto fué así?

—La respuesta está clara; que aunque algunos se casasen de una tribu con otra, tenía se mucha cuenta con el de Cristo, y todos sabían quién era. Cuanto más que otro Evangelista dice (*Lc., 2*): *Ascendit autem Joseph a Galilaea de civitate Nazareth, in Ju-*

*daeam in civitatem David, quae vocatur Bethehem; eo quod esset de domo, et familia David.* La razón es, que José y nuestra Señora eran de un mismo linaje, y que no solamente eran de una tribu, mas el parentesco cercano, que le bastó al Evangelista decir que José era de la tribu de Judá y de la casa de David, sin hacer mención de nuestra Señora, porque no se usaba entonces contar el linaje de las mujeres. Y en decir que José era esposo de nuestra Señora, está claro que Jesucristo venía de la tribu de Judá y de la casa de David.

Lo segundo porque Dios mandó contar su linaje, es para la edificación de las costumbres de todos los hombres, altos y bajos. Que aunque es gran cosa proceder de reyes, señores y Patriarcas, según cuenta el Evangelio, y éstos fueron parientes, según la carne, de Jesucristo; y a la Virgen le fué grande honra ser Madre de Dios, según la carne; mas de éstos fueron muchos malos; pero no basta tener este parentesco con Jesucristo para ser buenos, ni a Jesucristo nuestro Señor se le pegó honra ni grandeza por descender de reyes, Patriarcas ni señores, porque Él no recibió nobleza por descender de ellos; mas si antes alguna había en ellos, la recibieron de Él. Y cuanto más cercanos a este parentesco, más nobles han de ser para estar más cerca del merecimiento y mensura de los buenos. Luego cuanto más llegados al parentesco, se habían de decir que subían, y no que descendían, [a] Él, aunque es postrero en orden.

### 3.—Sentido espiritual de esta genealogía.

El nacimiento se ha de entender según la carne. Dijo una vez San Pablo en una Epístola que escribió a los de Corinto (2 Cor., 3): ¿Qué medio para que se les quitase a los de Israel el velo que tienen encima de sus corazones? Mas no hay remedio, hasta que se conviertan al verdadero Jesucristo, Redentor y Señor nuestro. Este velo les quedó desde que Moisés les hablaba con el velo delante de su cara, porque no viesen la claridad de ella. *Cum conversus fuerit Israel ad Dominum auferetur velamen.* El Señor no es carne sino espíritu; pues convertirse a Dios es convertirse al espíritu. Esa Ley, tan llena de ceremonias, esa Ley tan obscura de fuera, que de dentro tiene tanta luz